

## EL PARTIDO DEMOCRATA-CRISTIANO CHILENO ANTES Y DESPUES DEL 11 DE SEPTIEMBRE



Exposición hecha ante el Consejo Nacional  
7 de noviembre, 1973

He traído por escrito algunos criterios sobre cuestiones en que es importante definir lo que pensamos, ojalá con miras a una acción común. Obedecen a un espíritu fraternal y constructivo.

### 1] *SOBRE LA SITUACION DE EMERGENCIA EN QUE VIVE EL PARTIDO Y LAS CONSECUENCIAS EN SU REPRESENTACION OFICIAL.*

La Democracia Cristiana está en receso y sus actividades suspendidas por orden de la autoridad militar. En estas circunstancias excepcionales no previstas en el Estatuto, no hay manera de determinar cuáles son las decisiones del PDC sobre materias que no ha podido analizar ni calificar. En resumen: las autoridades regulares del Partido, respetables y respetadas, no están tampoco en condiciones de expresar *posiciones oficiales* del PDC, porque sus derechos y sus deberes como dirigentes sujetos a las normas que el Partido se dio para su vida normal, están seriamente limitadas después del 11 de septiembre. La proposición genérica es que nadie asuma la representación del PDC, para emitir juicios políticos a nombre de la colectividad, comprometiéndola dentro o fuera del país. Esto, sin perjuicio del ejercicio de las funciones directivas compatibles con la situación de excepción bajo la cual vive el PDC chileno actualmente.

### 2] *SOBRE "LA UNIDAD Y LA UNANIMIDAD" EN LA CONDUCTA Y LAS DECLARACIONES ANTERIORES Y POSTERIORES AL PRONUNCIAMIENTO MILITAR.*

La elección de las nuevas autoridades del Partido en la Junta Nacional de mayo de 1973, no se hizo en función de personas, sino de *criterios políticos claramente disímiles* sobre: a) la naturaleza de la amenaza principal que pesaba sobre la democracia chilena; y b) sobre el tipo de política que correspondía a la D.C. frente al gobierno de Allende y la Unidad Popular.

El 55% de la Junta escogió una de las dos opciones y el 45% votó por la otra. Desde mayo hasta el 11 de septiembre y después, nunca hubo *unanimidad* a ningún nivel en la Democracia Cristiana para las decisiones políticas determinantes durante este período, aún cuando la composición de la "mayoría" y de la "minoría" no haya sido siempre la misma para todos los asuntos, en la Junta Nacional, el Consejo Nacional, la Mesa Directiva, la Comisión Política, los Senadores, los Diputados, los Departamentos Nacionales, las bases, etc. ¡No la hubo ni siquiera, desgraciadamente, para el "diálogo" de agosto, que fue objetado vigorosamente a nivel de dirigentes, parlamentarios y bases del Partido!

La disciplina del Partido fue acatada; pero la unidad en la disciplina no es la unidad en la valoración política de los hechos, ni la unidad en las decisiones que adopta la mayoría. Se puede *disentir* y sin embargo, *acatar*.

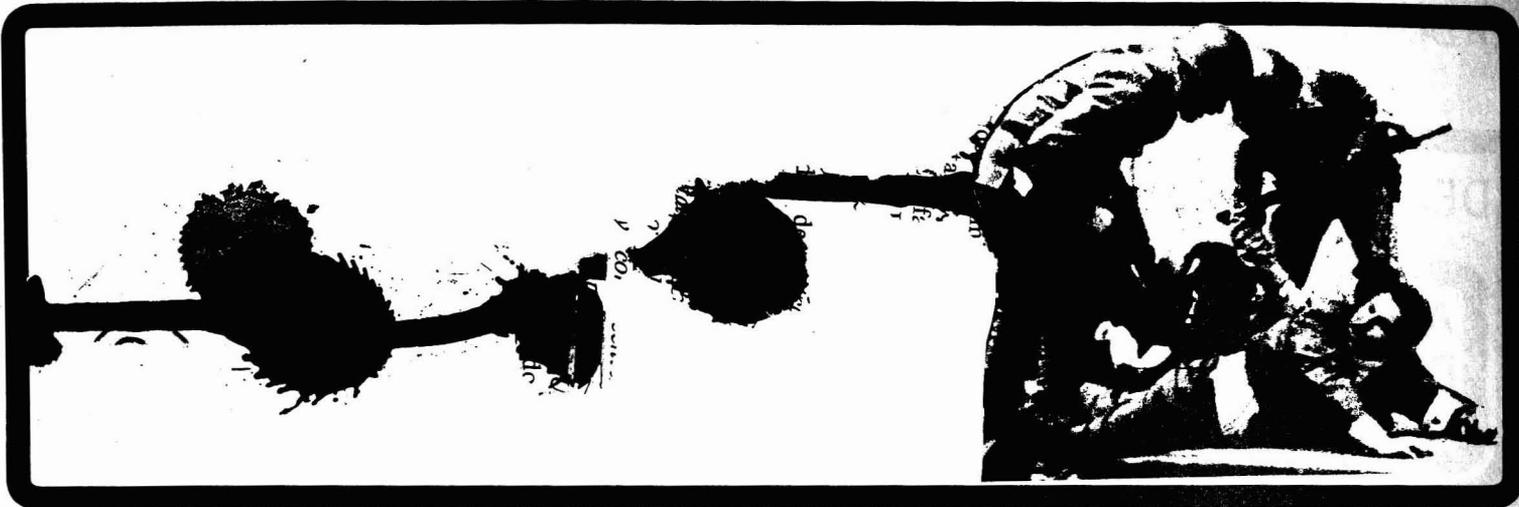
La única actitud sana, interna e internacionalmente, es el leal reconocimiento de esta realidad. Es mejor que, si hay que eludir a este hecho dentro y/o fuera del país, sea así como se mencione, y no pretendiendo forzosamente que había una "unanimidad" que no había, o que las diferencias eran "sólo de matices..." como acabo de escucharlo de boca de uno de los tres personeros de la D.C. al regreso del reciente viaje por Europa en que —según él— llevaban la representación del PDC para explicar en esos países lo ocurrido en Chile.

### 3] *¿TUVO LA DEMOCRACIA CRISTIANA ALGUNA RESPONSABILIDAD EN LA DESTRUCCION DEL SISTEMA CONSTITUCIONAL CHILENO?*

Por lo menos para algunos de nosotros, es absolutamente claro que en la quiebra de la democracia chilena no hay un responsable sino varios. El primero, es sin duda la Unidad Popular y el Gobierno por sus fallas profundas de diverso orden analizadas oportunamente por todos nosotros. El segundo, la derecha política y económica, que utilizó todos los recursos a su alcance, legales e ilegales, legítimos e ilegítimos, incluyendo el "tancazo" del 29 de junio, la declaración de la "ilegitimidad" del Gobierno ya en marzo de 1973, y el terrorismo a sangre y fuego por algunos de sus grupos representativos de la ultraderecha. Pero la Democracia Cristiana no puede pedir para sí el "papel de Poncio Pilatos" en el desastre institucional. La gravitación de lo que se hace o deja de hacer, cuando se controla el 40% del Congreso Nacional; el 30% del electorado nacional; el 32% de los trabajadores organizados en la CUT; el 40% del campesinado y de las organizaciones juveniles chilenas; diarios, radio y televisión, cinco de las ocho Universidades del país... la gravitación, digo, de una fuerza político-social-publi-citaria de esta envergadura, tiene efectos decisivos por sus acciones o por sus omisiones.

Para limitar el examen de nuestra responsabilidad a lo que hicimos o dejamos de hacer desde agosto hasta el 11 de septiembre, bastará referirse a tres hechos definitorios:

— El Ministerio del 9 de agosto, "integrado por las FF.AA. en carácter institucional, fue pedido por Aylwin en el primer día del diálogo. Cuando se constituyó hubo una declaración oficial de apoyo de la Directiva Nacional, que fue ratificada ante el país con la visita hecha por toda la Mesa Directiva al Ministro de Hacienda, Almirante Montero, y al General Ruiz, Ministro de OO.PP. Sin embargo, dos o tres días más tarde, el PDC se desligó públicamente, mientras su diario y destacados voceros del Partido solicitaban



la renuncia de los Ministros militares;

— El apoyo frontal que el PDC dio en el Congreso Nacional, sus órganos de difusión y la movilización de sus bases femeninas sindicales y juveniles, a la huelga de los camioneros que paralizó el transporte de un millón de toneladas diarias de alimentos, combustible, materias primas, fertilizantes, etc., durante siete semanas; no obstante ser una huelga absolutamente ilegal y profundamente inmoral a la luz de la moral cristiana, por la desproporción entre la gravedad de los daños inferidos al bien común y la índole interesada de las demandas;

— Finalmente, la declaración de la Cámara de Diputados, propuesta por la Democracia Cristiana, “ilegalizando los actos del Gobierno” que ha sido citada abundantemente por la Junta Militar y el Libro Blanco, como un antecedente directamente justificatorio del pronunciamiento militar del 11 de septiembre dirigido al derrocamiento del Gobierno.

Si a esto se agrega la declaración precipitada que se hizo a nombre de la Directiva Nacional el 12 de septiembre que fue interpretada unánimemente en el extranjero como justificatoria del golpe de Estado; y el silencio del Congreso Nacional, poder constitucional cuyas dos ramas estaban bajo control de la Democracia Cristiana, que se negó a todo pronunciamiento de solidaridad con el gobierno a raíz de la tentativa de golpe de Estado del 29 de junio, y que aceptó sin protesta alguna su clausura el 11 de septiembre, se comprende por qué la gran mayoría de los Partidos Demócrata Cristianos del mundo, y la opinión pública mundial, atribuyen a la Democracia Cristiana chilena una cuota importante de responsabilidad en la caída del Gobierno y del sistema constitucional en Chile.

4] ¿ERA INDISPENSABLE EL GOLPE MILITAR? ¿ERA UN DEBER DE LAS FF.AA. DERROCAR AL GOBIERNO DE ALLENDE? ¿EL 11 DE SEPTIEMBRE SALVO EFECTIVAMENTE A CHILE DE UNA INMINENTE DICTADURA MARXISTA-Leninista?

Hay demócratacristianos que han opinado afirmativamente y otros negativamente frente a estas tres preguntas. Debemos respetarnos en nuestros disentimientos porque nadie tiene derecho para reivindicar para sí “autoridad ex cathedra” ni “ciencia infusa”.

Por mi parte, quiero dejar en claro mi pensamiento:

— ¿Era indispensable el alzamiento militar? En mi opinión, después de la renuncia del primer Gabinete con los 4 Comandantes de las FF.AA. y de Carabineros y más concretamente después de la renuncia del General Prats, el 24 de agosto, desautorizado internamente por la mayoría del Cuerpo de Generales, el término del Gobierno de la UP era inevitable. Pero, que el término del Gobierno de la UP fuese inevitable no quiere decir que el pro-

nunciamiento militar fuera indispensable.

La desintegración de la vida institucional del país al nivel de los Poderes del Estado en lucha abierta entre sí y el grado enloquecido de huelgas, paros, “tomas”, marchas, desfiles, y terrorismo (¡un atentado mayor cada hora del día y de la noche!) hacían imposible la continuación de la “experiencia UP” por el efecto combinado de las culpas y errores de la UP y del Gobierno, como igualmente de la oposición, particularmente de la derecha y la ultraderecha.

¡Pero el término del gobierno de la UP no tenía que producirse solamente y necesariamente por el pronunciamiento militar! Pudo haberlo sido por la renuncia de Allende —con o sin la renuncia conjunta del Congreso Nacional como alcanzó a proponerlo la Democracia Cristiana. Después de todo, ya en febrero de 1973, en la reunión que tuvo en La Moneda con los altos mandos administrativos de la UP, Allende hizo saber al país que “estaba dispuesto a renunciar” si las deficiencias que denunció en esa reunión no se corregían. Igual amenaza de renuncia formuló en marzo de 1973, en la Asamblea Sindical de Sumar, después de denunciar el propio Allende, la indisciplina y los abusos que los sedicentes partidarios del gobierno cometían en esa empresa estatizada. Y en el propio mes de agosto, tres semanas antes de su caída, en la reunión en que habló en el edificio de la entonces UNCTAD, por cadena nacional de radio y TV, con palabras entrecortadas por lágrimas, reiteró que “no renunciaba a la Presidencia de Chile, solamente porque...” etc., etc.

...Pudo haber terminado por la desintegración de la propia Unidad Popular, por el retiro del Partido Socialista y por lo menos una fracción del MAPU. Las querellas internas habían alcanzado tal gravedad que aparecieron públicamente en varias oportunidades, como consta en publicaciones de *El Mercurio*, etc. Y ahora, en el Libro Blanco, en que reproduce la carta secreta enviada en junio del 73 por la Directiva del PS y con la firma de Altamirano a Salvador Allende protestando por la “franca burla” que hace al PS y notificándolo de que la unanimidad del Comité Central “ha ordenado la renuncia del Ministro del Interior”, militante del PS ... etc.

...Pudo haber terminado porque los excesos de la ultraizquierda empeñada en acciones abiertamente ilegales y provocativas, hubiesen rápidamente colocado a Allende ante el dilema de: o hacer lo que hizo González Videla en 1948, o irse.

...O pudo haber terminado por el acto de locura de la ultraizquierda de lanzarse al asalto directo del poder, comenzando por la eliminación del propio Allende.

...O pudo haber terminado por la magnitud colosal del desorden económico, el ritmo incontrolable de la inflación y el desabastecimiento, etc., que colocaban al gobierno en la imposibilidad de gobernar a corto plazo.

La Revista de la Universidad ha dedicado, durante sus últimos ocho números, una atención especial a Chile. Desde diversos aspectos políticos, económicos y jurídicos hasta escritos de testimonio, ensayos y antologías de tres de los principales poetas chilenos de este siglo (Huidobro, Rokha y Neruda), el objetivo ha sido marcar una amplia base de cultura, de investigación seria y responsable. El

presente trabajo del señor Radomiro Tomic forma parte de esta serie de publicaciones presentadas por la Revista de la Universidad, a fin de proporcionar un marco adecuado para el investigador y lector interesados.

La Redacción.



¿Era, pues, *indispensable* el golpe de Estado para poner término a la experiencia UP? No. Estoy convencido que no. Era una experiencia absolutamente agotada y su desintegración como fórmula de gobierno era cuestión de semanas más bien que de meses.

¿Era un *deber* de las Fuerzas Armadas derrocar al Gobierno, como se ha sostenido por algunos demócratacristianos e insinuado en algunas declaraciones de la propia Directiva o de algunos de sus miembros? La respuesta para algunos de nosotros es categórica: ¡No! En primer lugar, porque ello contradice la posición oficial, reiterada en numerosas ocasiones desde mayo en adelante, por la Directiva Nacional y el Presidente camarada Aylwin de que “la Democracia Cristiana estaba y estaría contra el golpe, venga de donde venga”. Tal posición es incompatible con la afirmación posterior al 11 de septiembre de que las “Fuerzas Armadas tenían el deber moral, en nombre de principios de la moral cristiana, de derrocar al gobierno”.

Menos aún, si se arguye que “este imperativo” nace de los principios de la moral cristiana. Para eso, habría que sostener que Allende era *un tirano* y que en Chile habían desaparecido las instituciones regulares y los derechos, garantías, libertades comunes. Todo esto en el grado generalizado y grave que señalan los moralistas católicos. Pero en Chile *no había una tiranía*: el Congreso Nacional funcionaba, criticaba y destituía a los Ministros; el Poder Judicial podía enfrentar abiertamente al Ejecutivo y así lo hizo durante meses y hasta su caída; la prensa, la radio y la TV de oposición atacaban al gobierno sin tregua ni pausa y podían llegar —como lo hacían reiteradamente publicaciones y comentaristas— a la incitación abierta al derrocamiento del gobierno o la sublevación de los institutos armados, amén del rosario de injurias, calumnias, etc., etc., en que “ambos bandos” se contrapesaban día a día; las huelgas, paros, “tomas” y desfiles de protesta no eran patrimonio exclusivo de la UP sino, sobre todo en los últimos meses, abrumadoramente utilizados por los gremios en oposición y por los partidos opositores en una escala jamás vista antes en Chile. No era la *tiranía* sino la *anarquía* lo que estaba desquiciando a Chile. Y de esta anarquía, aunque la UP haya tenido la mayor responsabilidad en los primeros años del Gobierno es un hecho evidente que, en los últimos meses del gobierno, la responsabilidad mayoritaria fue de las fuerzas opositoras, tanto en el plano económico y social como en el estrictamente político.

#### ¿SALVARON LAS FUERZAS ARMADAS A CHILE DE INMINENTE DICTADURA MARXISTA-LENINISTA?

Este problema fue el eje de nuestras discusiones en la Junta Nacional de mayo último. Para la mayoría de la Junta —un 55% de los miembros— la amenaza de una inminente dictadura marxista-leninista era la prioridad número uno. Para el otro 45% de la

Junta —y yo estuve en esta posición, como deja constancia el folleto publicado oportunamente— la mayor amenaza entre la democracia chilena no era la inminencia de una dictadura marxista-leninista (¡no por falta de “ganas” de los marxistas, sino por la imposibilidad material de tener éxito!) sino la creciente y evidente parálisis institucional por la gravedad del enfrentamiento sistemático entre los Poderes del Estado, y la profundidad y extensión de la insurgencia generalizada en la base económica, profesional, técnica, gremial, sindical y juvenil del país.

¿Qué ha demostrado en este sentido lo ocurrido el 11 de septiembre y después? Para algunos de nosotros, por lo menos, el enfrentamiento armado desencadenado por el pronunciamiento militar ese día, las formas y la extensión del choque armado, etc., han demostrado que los termocéfalos de la izquierda marxista y la ultraizquierda, los alucinados con la experiencia cubana, no tenían ninguna capacidad real para enfrentar y dominar a las FF. AA. y a Carabineros. Los hechos demostraron del modo más fehaciente que no tenían ni la unidad, ni la organización, ni las armas, ni la preparación, ni la fuerza. Estaban irremisiblemente perdidos, como algunos de nosotros habíamos previsto hace ya años en exposiciones hechas a nivel de Juntas o de Ampliados Nacionales. Y como lo pensaba el propio Allende en fecha tan reciente como el 25 de agosto de 1973, según relata el escritor francés Régis Debray en un largo artículo publicado en *The Observer* el 15 de septiembre, quien describe las conversaciones y discusiones entre Allende y algunos de los dirigentes socialistas (que Debray nombra en su artículo), que tuvieron lugar ese día en una reunión en la casa de El Cañaveral, a la cual Debray asistió como invitado de Allende. (“Morirían miles de obreros indefensos cuya muerte rechazo echar sobre mi conciencia”; y en otro pasaje, sarcásticamente preguntó: “¿Cuántos obreros se necesitan para detener un tanque?”)

#### 5] ALGUNAS COMPROBACIONES EMANADAS DEL LIBRO BLANCO

El Libro Blanco, editado recientemente por la Junta Militar, contiene documentos oficiales para apoyar y confirmar determinados asertos de la Junta. Una lectura objetiva y sin prejuicio, demuestra, sin embargo, que el Libro Blanco tiene dos fillos: sirve efectivamente para fundamentar algunos de los asertos de la Junta Militar, pero asimismo revela hechos contradictorios con versiones oficiales, grandemente difundidas incluso por alguna gente nuestra.

Por ejemplo: *Las armas disponibles para el “autogolpe” de la UP*. Página 21: Dice el Libro Blanco: “Al efecto del autogolpe, se acumuló una inmensa “cantidad de armamentos, guardada en lugares imposibles de pesquisar (como el Palacio de La Moneda y la residencia privada del señor Allende en calle Tomás Moro) y que comprendía: revólveres, pistolas semi-automáticas, pistolas, ametra-



lladoras, rifles, carabinas semi-automáticas, fusiles automáticos, lanza-cohetes, cañones sin retroceso, morteros, municiones, granadas de mano y de fusil, minas anti-vehículos, etc. Este armamento —de origen checoslovaco y soviético— fue siendo introducido de manera paulatina y bajo los más diversos pretextos en Chile: por el momento, únicamente se ha recuperado una parte de él, *mas sólo con esa parte podrían equiparse sin dificultad unos 5 000 hombres*”.

Aunque el documento señala que éste es sólo “una parte del armamento” clandestino de la UP, esta “parte”, a la fecha del Libro Blanco, incluye lo que el texto que acabo de mencionar llama “inmensa cantidad” de armas concentradas en La Moneda, Tomás Moro, El Cañaveral, etc., que eran precisamente “los lugares imposibles de pesquisar”. Incluye, además, todo el material descubierto en el curso de las 6 semanas siguientes al 11 de septiembre, en Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta, Temuco, Arica, Punta Arenas, etc. Es decir, los mayores centros poblados y en donde la Unidad Popular tenía su principal reducto proletario y administrativo de adherentes. No cabe duda que las armas requisadas en estas 6 semanas, con las cuales podrían equiparse CINCO MIL HOMBRES, constituyen una parte sustancial del total de armas de que podía disponer “el brazo armado” de la UP.

Cinco mil hombres son UN Regimiento ( ¡no doce ni quince regimientos como se dijo por algunos de los nuestros en conferencia de prensa de difusión nacional e internacional! ). Compárese, en todo caso, ESTOS CINCO MIL HOMBRES con los CIENTOVEINTICINCO MIL hombres entrenados militarmente, organizados militarmente y dotados de un poder de fuego inmensamente mayor, de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile. Cientoveinticinco mil soldados, marinos, aviadores y carabineros, encuadrados por más de diez mil oficiales y suboficiales que ningún atentado sorpresivo hubiese podido descabezar sino en mínima parte. Con organización nacional, medios autónomos de comunicación y de transporte, aviones y barcos de guerra, cañones y tanques y un parque de armas y municiones incomparablemente mayor que el internado clandestinamente por la UP, aun si las armas descubiertas son solamente la mitad, o la tercera parte, de las que faltan por descubrir.

Y esto sin contar para nada los centenares de miles de civiles que ante un atentado criminal de origen marxista para imponer a sangre y fuego la dictadura del proletariado, se hubiesen enrolado en defensa propia bajo el mando militar para recibir las armas disponibles en los arsenales y el encuadramiento militar para el contra-ataque.

¡La experiencia del 11 de septiembre ha demostrado que el autogolpe marxista no hubiese tenido una sola oportunidad en un millón! Tal como era previsible —y fue previsto— también antes del 11.

Por ejemplo: *Carecían de la unidad indispensable*. En la página 113 del Libro Blanco se reproduce íntegramente la carta dirigida por la unanimidad del Comité Central del PS a Salvador Allende, el 4 de junio de 1973, con la firma de Altamirano, carta violenta y amarga en que la Directiva del PS le reprocha haberse negado a hacer cambios en los mandos superiores del Cuerpo de Carabineros, cambios que le solicitaban precisamente como garantía ante un eventual golpe de las Fuerzas Armadas. Se lo acusa de hacer “franca burla hacia la principal fuerza de gobierno de la cual usted mismo es militante”; y la carta termina textualmente: “Todo ello nos obliga a hacer efectiva la renuncia del camarada Ministro del Interior y del Intendente de Santiago, resolución adoptada por la unanimidad de la Directiva del Partido”.

Por ejemplo: *Carecían de la organización militar indispensable o de la capacidad efectiva de aplicar en el terreno los planes operativos*.

Basta recordar los planes detallados publicados en todos los diarios después del 11 de septiembre, para “la defensa de Tomás Moro”. Los “tres escalones” defensivos ( ¡con un total de 142 hombres! ), la distribución de las armas en cada escalón, los puestos de avanzada, los intermedios, los de mando y control, etc., etc. ¿Qué quedó de todo esto el día 11 de septiembre? ¡Nada! No se organizó ni uno solo de “los tres escalones”. ¡Y estamos hablando de uno de los dos “centros vitales” del esquema operativo para “enfrentar el golpe de Estado”! La Moneda era el otro según los documentos publicados en el Libro Blanco. Léanse las páginas 115 a 162, en que aparecen con detalles cuáles avenidas, calles y esquinas de Santiago deberán ser ocupadas “para contragolpear en el caso de un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas”, del cual se previene que “será sorpresivo y con toda seguridad en las primeras horas de la madrugada”, luego se señala el número de cuadras que deberán ser cubiertas “en profundidad”, y desde qué calles y hasta dónde; los lugares de concentración, etc., etc.

¿Qué quedó de todo esto, de tantos planes y tantas precisiones en el papel sobre la distribución de los efectivos, las barricadas, y lo demás el 11 de septiembre? Organizadamente, casi nada. Lo cual no equivale a negar que miles de individuos efectivamente resistieron o trataron de resistir, pero sin conducción militar digna de ese nombre; sin organización ni capacidad efectiva de combate.

Tal vez no haya otro elemento más demostrativo de esto que la cifra de bajas fatales de carabineros y soldados, que se han dado a conocer oficialmente por la Junta Militar, no sólo para el 11 de septiembre, sino para la totalidad del período de casi dos meses: ¡44 carabineros y soldados muertos! Sin duda que la vida de cada ser humano es inapreciable e insustituible, pero la falta de preparación, de organización y de capacidad militar de la UP queda demostrada dramáticamente en esta cifra que corresponde no solamente a los uniformados caídos en Santiago, sino en todo



el país, según las informaciones dadas por la propia Junta Militar y el Libro Blanco.

Por ejemplo: el llamado "fraude electoral" del cual se hace eco también el Libro Blanco reproduciendo íntegramente el informe firmado por don Jaime del Valle, Decano de la Facultad de Derecho de la UC (págs. 220-230).

El eje de la argumentación es, que para las elecciones Municipales de abril de 1971, el número total de inscritos era de 3 760 000; y que para las generales de marzo de 73, había subido a 4 510 000. O sea, en 750 000 electores más.

Según el mencionado informe, los jóvenes entre 18 y 20 años (a los cuales la Ley dio derecho a votar *después* de las elecciones de 1971) sólo podían proporcionar un contingente neto de nuevos electores ascendente razonablemente a 570 000 en vez de los 750 000 efectivamente inscritos con posterioridad a esa fecha.

La diferencia —cerca a 200 000 electores— sería constitutiva del "fraude electoral".

Pero ¿qué olvida o calla el Informe? Que la población total chilena era en 1973 de 10 000 000 de personas. Que al permitir la Ley inscribirse a todos los chilenos y chilenas mayores de 18 años, incluyendo a los analfabetos, los chilenos facultados por la Ley para inscribirse pasaban matemáticamente a ser 5 800 000, puesto que la población mayor de 18 años de edad equivale matemáticamente al 58% de la población total del país. Pues bien, en marzo del 73 no estaban inscritos 5 800 000 electores sino apenas 4 510 000, es decir, hay todavía 1 300 000 chilenos y chilenas que pudiendo inscribirse no se han inscrito.

Es probable, y hasta seguro, que un cierto número de electores (algunos centenares o posiblemente miles), burlando la Ley están inscritos en dos lugares diferentes (¡y no todos ellos de la UP, sino también de la oposición!), pero lo que queda en claro es que no se necesitaba "inventar" 200 000 "electores fantasmas"... cuando el remanente de chilenos con derecho a inscribirse y que aún hoy día no lo han hecho, excede largamente de un millón.

## 6] ¿QUE SABEMOS Y QUE NO SABEMOS DEL PLAN "Z"?

El general de Aviación, señor Leigh, miembro de la Junta Militar, declaró al diario *El ABC*, de Madrid, en una entrevista reproducida el 6 de noviembre último por la prensa chilena que "los militares sólo conocieron el Plan "Z" después del 11 de septiembre".

Es una declaración honesta que contradice la campaña publicitaria de muchos órganos informativos, y las declaraciones de no pocos chilenos, entre ellos algunos demócratacristianos, que hacen de la existencia del Plan "Z" la justificación fundamental para haber derribado a Allende, para la adopción de medidas extremas de seguridad y represión, y que tienden a justificar cualquier exceso o arbitrariedad, aún los más penosos, con el argumento "ellos nos iban

a matar a nosotros". Eludiendo identificar quiénes son o eran esos "ellos", responsables del Plan "Z".

¿Qué sabemos, pues, del Plan "Z"? En el Libro Blanco se dice expresamente que no se publica el Plan, sino solamente un anexo. La razón que se da es que todavía no todos los responsables han sido detenidos. Pero el Plan "Z" —por lo menos lo sustancial de su contenido —ya ha sido publicado en Chile por varios de los órganos de prensa permitidos por la Junta. Lo fue —y aquí tengo la página completa— por *El Mercurio* el día 8 de octubre pasado. Y la misma información fue dada oficialmente por el Almirante Huerta, Ministro de Relaciones Exteriores, en la conferencia de prensa en Nueva York al día siguiente de su discurso ante la Asamblea de las Naciones Unidas; entrevista retrasmiteda en Chile por todos los canales de televisión.

Pues bien: tal como lo dijo el Canciller Huerta en Nueva York y como se lee en el titular de *El Mercurio* del 8 de octubre: "EL PLAN ZETA DISPONIA EL ASESINATO DE ALLENDE", del Presidente de la República. Y no solamente la muerte de él, sino también, entre otros, (*El Mercurio* señala mi nombre) consultaba el asesinato del General don Carlos Prats.

Si el Plan "Z" consultaba la muerte de Allende y la del Comandante en jefe del Ejército que había demostrado del modo más directo su voluntad de oponerse a un golpe de Estado contra el Gobierno, ¿cómo puede nadie imaginar que el Plan "Z" era el plan de la Unidad Popular o del Gobierno?

Habría que estar demente para creer que el Gobierno de la Unidad Popular, presidido por Allende, proyectaba la muerte del Jefe de Estado y el asesinato del Jefe del Ejército, contrario a la intervención de las FF. AA.

Abandonemos voluntariamente toda suposición que el Plan "Z" puede ser "una fabricación" de servicios de espionaje extranjeros o de "agentes provocadores" internos. Aceptemos que el Plan "Z" efectivamente exista y que era un plan de acción destinado a ser puesto en práctica. ¿Quiénes eran sus autores si no puede serlo la Unidad Popular? ¿La ultraizquierda terrorista? ¿Puede ser! ¿La ultraderecha bajo la cobertura de "plan de ultraizquierda"? ¿Puede ser! Lo que sí queda en claro, para quien no quiera voluntariamente llamarse a engaño, es que el Plan "Z" en que Allende y el General Prats encabezaban la lista de los asesinados no en orden de importancia, sino en orden cronológico, NO ERA UN PLAN DE LA UNIDAD POPULAR NI DEL GOBIERNO.

7] ¿CUAL ES EL JUICIO PREDOMINANTE ENTRE LAS FUERZAS DEMOCRATICAS Y LOS ORGANOS DEMOCRATICOS DE EXPRESION Y DE INFORMACION EN LOS PAISES EUROPEOS, LOS ESTADOS UNIDOS Y EN AMERICA LATINA, SOBRE LO OCURRIDO EN CHILE?



Los testimonios son superabundantes y han sido comentados casi cotidianamente por la prensa chilena. Es un juicio esencialmente negativo y con frecuencia ásperamente condenatorio. Así ha ocurrido con el pronunciamiento *unánime* de la Conferencia Interparlamentaria Mundial reunida en Ginebra hace 15 días; con el Gobierno Italiano; con el Senado Norteamericano; con el acuerdo unánime o casi unánime de la Cámara de Diputados de Venezuela y de otros parlamentos democráticos de Europa y América; con las palabras públicas del Papa; con el informe condenatorio de la Unión de Juristas de Alemania Federal; y con el informe de la Asociación de Juristas Cristianos que enviara a Chile una delegación que permaneció entre nosotros varios días. Con la persistente línea informativa y editorial de los más grandes diarios y revistas del Occidente Democrático, como el *New York Times*, el *Washington Post*, el *Christian Science*, el *Time*, o el *News Week*, en los Estados Unidos. Con el *Time* de Londres, el *Manchester Guardian* y otros diarios *conservadores* de Inglaterra. Con *Le Figaro*, *L'Express* o *Le Monde* de Francia, siendo las dos primeras publicaciones francamente de orientación anticomunista y *Le Figaro* más a la derecha que nuestro *Mercurio* etc., etc.

Rechazar esta formidable masa informativa, política, parlamentaria, jurídica y editorial, con la simpleza de que todos son "instrumentos del comunismo internacional" es un inútil intento de auto-engaño. Que el Senado Norteamericano está bajo "la influencia del Comunismo Internacional" y que lo mismo ocurre con la Unión Interparlamentaria Mundial; o con la inmensa mayoría de los diarios reconocidamente anti-comunistas de Europa y América, es un esfuerzo absolutamente estéril y contraproducente de "echarse tierra a los ojos".

Admitamos la libertad de otros para equivocarse y autoengañarse. ¡Pero ese *derecho* no lo tenemos nosotros que —oficialmente por lo menos— no propiciamos el golpe de Estado y mantuvimos reiteradamente antes del 11, que condenábamos el golpe "viniese de donde viniese"!

#### 8] ¿CUAL ES EL JUICIO ABRUMADORAMENTE MAYORITARIO DE LOS PARTIDOS DEMOCRATA CRISTIANOS DE AMERICA Y DE EUROPA RESPECTO A LO OCURRIDO EN CHILE Y A LA ACTITUD DEL PARTIDO DEMOCRATA CRISTIANO CHILENO?

El cable, la correspondencia y el testimonio personal de camaradas nuestros que han ido al exterior en misión informativa (y de documentos extranjeros que han llegado a Chile en estas semanas) es enteramente concordante: la gran mayoría de los partidos demócrata cristianos del mundo han repudiado los sucesos chilenos y han lamentado —cuando no condenado abiertamente— la

imagen proyectada por la Democracia Cristiana Chilena.

¿Para qué engañarnos nosotros mismos? Aylwin dijo anteriormente que el supremo deber del Partido en estos momentos era "preservar el alma y el cuerpo de la democracia cristiana chilena". Estoy en completo acuerdo. Pero para preservar el "cuerpo" del Partido hay que preservar primero su alma. Y para preservar esa "alma", es decir, nuestra razón de ser en la política chilena, nuestro patrimonio moral e ideológico, nuestro compromiso de decenios con el pueblo, los pobres y la juventud; nuestra imagen de vanguardia para la democracia cristiana latinoamericana (¡imagen tan dolorosamente disminuida y empeñada en los últimos meses!), es indispensable rechazar tajantemente la tentación de justificar errores cometidos antes del 11, mediante la comisión de errores nuevos después del 11. ("Quien no aprende de sus errores, está obligado a repetirlos" — dice un refrán anglosajón).

Todos nos hemos equivocado en oportunidades diferentes y en ocasiones de mayor o menor importancia. Reconozcámoslo franca y varonilmente. Tendamos una mirada nueva y libre de pequeñeces personales sobre una situación tan dramáticamente nueva ¡para bien y para mal! como la que enfrenta Chile, sus instituciones y su pueblo, desde el 11 de septiembre.

#### 9] LA DECLARACION DEL 12 DE SEPTIEMBRE, LA DEL 27 DE SEPTIEMBRE Y EL JUICIO EMITIDO HOY POR EL PRESIDENTE NACIONAL.

Confío de corazón en que todos estaremos ahora de acuerdo en que la Declaración hecha el 12 de septiembre por 3 miembros de la Mesa a nombre del Partido, pronunciándose nacional e internacionalmente sobre el levantamiento militar del 11 de septiembre, fue inútilmente precipitada, implicó un aval imprudente en un momento en que hubiese sido mejor guardar silencio, y constituyó en definitiva un serio error político.

Si hiciera falta una prueba, lo demuestra la declaración hecha el 27 de septiembre, documento extenso, en el cual se hacen consideraciones, no todas concordantes entre sí, ("de dulce y de grasa" es la expresión folklórica chilena), pero en cuya página 5, puntos 5, 6, y 7, se caracteriza muy definidamente el régimen militar como "dictadura" y se expresan serias reservas. Es una declaración indudablemente distinta en su tono y contenido a la del 12 de septiembre. Desgraciadamente, tampoco es del todo concordante con la entrevista concedida pocos días antes por el Presidente Nacional al diario *Avvenire* que se edita bajo el patrocinio del Episcopado italiano, cuyo tono está mucho más cerca del enfoque político del 12 de septiembre que de la declaración del 27 del mismo mes. Como esta entrevista al *Avvenire* fue publicada por el diario *La Prensa*, órgano oficial del PDC chileno alrededor del 20 de octubre y comentada edi-



torialmente por el mismo diario al día siguiente (es decir, casi un mes después de emitirse y varias semanas después de la declaración 27), el efecto final continúa siendo el desconcierto para la opinión pública interna y de desconfianza hacia el PDC chileno por parte de los otros partidos demócrata-cristianos del mundo y de las fuerzas democráticas de distinta naturaleza y expresión, en Europa Occidental, en América Latina y en los Estados Unidos.

Esos juicios dados hoy, al empezar esta sesión por el camarada Aylwin, son claros y definidos. Los anoté: "Este es un gobierno —dijo— que está atropellando los derechos humanos y cuya política tiene una orientación bastante regresiva".

El problema reside en la necesidad de dar continuidad y coherencia a una política que se fundamente en un juicio así, sin incurrir en contradicciones que al final dejan todo peor que antes.

Desgraciadamente, una vez más, se comprueba que no es lo que piensa y lo que diga la autoridad regular del Partido lo que importa más para proyectar una determinada imagen de lo que es o de lo que hace la Democracia Cristiana. Mucho más resonancia, mucho más influencia en la formación de tal imagen tiene, por ejemplo, el diario *La Prensa*; sus titulares, la orientación de sus informaciones, sus comentarios editoriales. A pesar de que a lo largo de los años se han sucedido las Directivas Nacionales del PDC, todas ellas, cuál más, cuál menos, no sólo no se han atrevido

"a ponerle el cascabel al gato" e imponer categóricamente que *La Prensa* no puede tener otra orientación política que la que le ordene la Directiva Nacional, sino que, lo que resulta desconcertante, para decir lo menos, todas ellas han terminado por aceptar resignadamente "que no es el perro (el PDC) el que mueve la cola (*La Prensa*), sino la cola la que mueve al perro". Así fue anteayer, así fue ayer, así sigue siendo hoy. . .

¿Cómo extrañarnos del juicio tan negativo que para el PDC chileno tienen los demás partidos demócrata-cristianos del mundo? ¡Sólo pueden juzgarnos por lo que *ven* de nosotros, aun si lo que ellos "*ven*" no corresponde a lo que piensan las autoridades del Partido, sino a lo que piensan o desean los que manejan realmente sus medios de expresión.

#### 10] ¿QUE RASGOS CARACTERIZAN LA "PRIMERA ETAPA" DEL GOBIERNO MILITAR EN CHILE?

Desde fines de septiembre se hizo clara la opción de la Junta Militar, respecto a su orientación económica fundamental. Ella es, sin duda, el esquema clásico capitalista, aun si se lo reviste de la denominación "pragmatismo"... que es, por lo demás, el otro nombre muy conocido en el mundo, de los que optan por las metas, los métodos y las exigencias del Capitalismo respecto al pueblo. En Chile, en estos meses, se ensaya el más duro y más





crudo esquema capitalista en aplicación actualmente en toda la América Latina.

Las decisiones fundamentales han sido ya tomadas y son bien conocidas: A) derogación de todo el sistema de control de precios y su sustitución por el régimen de libertad generalizada, haciendo confianza en que el libre juego de la oferta y la demanda ( ¡en un país subdesarrollado y pobre, sin ahorro ni capacidad de inversión! ) determinará “no sólo precios justos, sino un abastecimiento abundante y al alcance de todos”; B) derogación drástica del sistema de reajustes legales de los sueldos y jornales de los aumentos del costo oficial de la vida, según el Índice de Precios al Consumidor.

La noción básica, en la cual se hace reiteradamente hincapié, es que la exigencia fundamental para una economía sana debe ser que “cada cosa se pague a su precio real”; noción que se aplica a todo *menos* a la única “mercadería” que tienen para vender y subsistir casi 3 millones de chilenos asalariados: su trabajo. Se afirma que los aumentos dramáticos de los precios de los alimentos, el vestuario, el calzado, la movilización, etc., son indispensables porque deben pagarse “a su precio real”; pero la derogación del mecanismo que ligaba los salarios al costo de la vida, ha dejado al *trabajo* como único artículo o servicio, para el cual no se acepta que haya un *precio real*. La normalización de la economía chilena, para los asesores económicos de la Junta, pasa por el aumento inevitable de los precios de las *cosas* y de determinados *servicios*, y por la disminución del precio del trabajo asalariado en términos reales de poder de compra y de capacidad de subsistencia; C) la decisión de otorgar facilidades de diverso orden para promover las *inversiones privadas* de capitalistas nacionales y extranjeros. Pero una política de desarrollo basada en los “estímulos”, “franquicias”, “garantías”, etc., a la inversión privada por parte de un país pobre sólo es posible, desgraciadamente, a base de actos de autoridad en que se “traspasa riqueza pública a bolsillos privados”, (“plata es lo que plata vale”), esencia de neocapitalismo en que la intervención del Estado en beneficio de algunas empresas poderosas, multiplica los efectos negativos del viejo capitalismo clásico.

No es un esquema nuevo en Chile. Todo lo contrario. Lo aplicó González Videla cuando gobernó con la Concentración Nacional; Ibáñez, con la asesoría de la Misión Klein-Saks; Jorge Alessandri con los “bonos dólares” y demás medidas similares del “gobierno de los gerentes”. Cada vez sus resultados fueron: inflación, endeudamiento externo, redistribución del ingreso negativo para el trabajo y desmesuradamente favorable para el capital, alto índice de cesantía, desigualdades crecientes, irritantes y desmoralizadoras para la conciencia pública, entre el pequeño porcentaje de los favorecidos y el inmenso número de los sacrificados por una política semejante en un país pobre, de economía insuficiente, sin elasticidad en sus procesos reguladores de mercado, con un pueblo

en que el 60% de los niños menores de 6 años viven permanentemente desnutridos como acaba de revelarlo en este mismo mes de octubre la investigación sobre la alimentación del país. . .

Es cierto que por primera vez en más de medio siglo este esquema capitalista será aplicado sin ninguno de los contrapesos propios de la democracia chilena: sin organización sindical con derecho a formular pliegos de peticiones e ir a la huelga legal; sin Congreso Nacional, y sus funciones de fiscalización como vocero pluralista del interés general y de legislador capaz de fijar normas objetivas; sin libertad de información, de prensa, de reunión, etc., etc.

Todo esto, desgraciadamente, no hace sino agravar los peligros de una opción equivocada. Sus efectos dañinos sólo se harán visibles cuando ya sean intolerables.

Nada hay en el esquema capitalista que permita esperar que su “racionalidad teórica” en el papel, vaya a traducirse en buenos resultados, en la práctica en nuestra Patria. Ocurrirá una vez más lo que ha ocurrido antes. Más aún: sus contradicciones con la *realidad chilena* ya están comenzando a aflorar, apenas a un mes de haberse iniciado. Irán *in crescendo*, no por obra de ningún demagogo, saboteador o mal intencionado, sino porque los supuestos mismos que el capitalismo exige para tener éxito, han desaparecido en Chile hace ya muchos años. ¡Y la historia es irreversible!

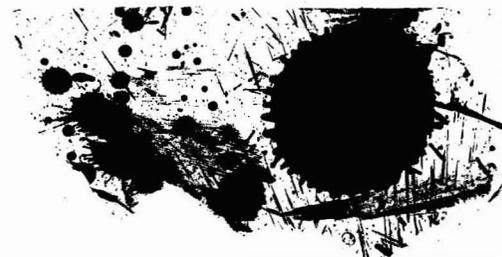
Los efectos negativos de esta “primera etapa” basada en la decisión de “darle un chance” al esquema capitalista, son ya manifiestos para el nivel de vida de la gran mayoría de los chilenos asalariados. Después de todo, hay 1 800 000 obreros y 800 000 empleados en el país. 2 600 000 chilenos asalariados. . . ¡Y no exportadores o industriales, o comerciantes o agricultores prósperos!

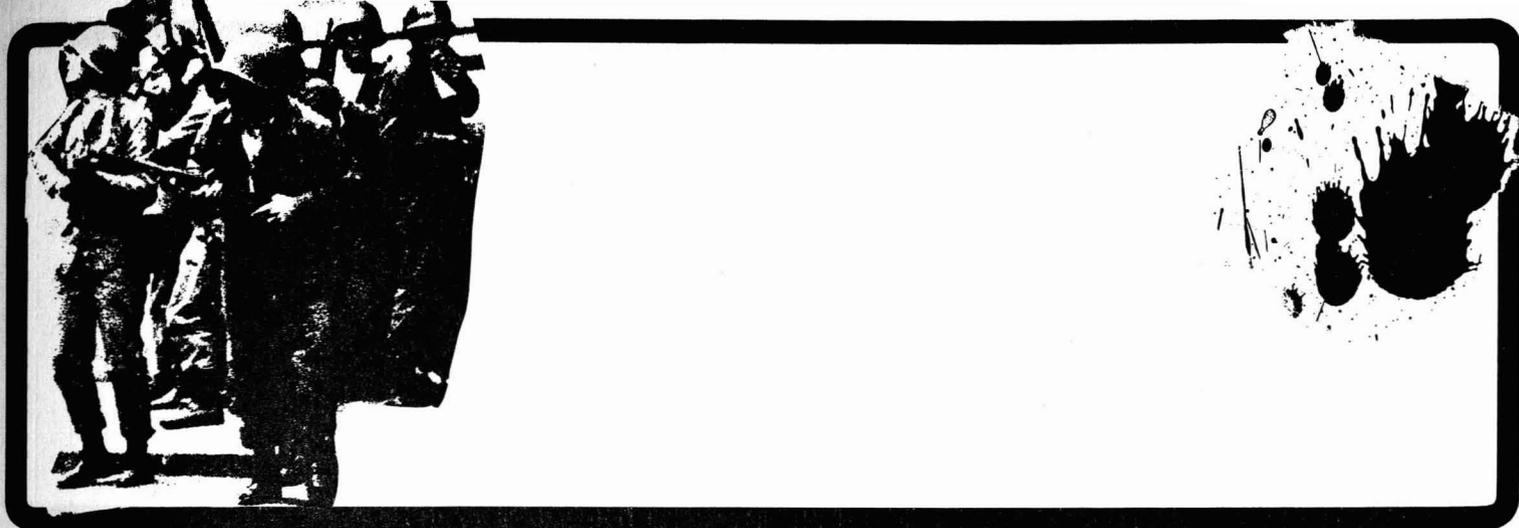
Hace ya muchos años, yo diría desde su fundación, la Democracia Cristiana denunció el capitalismo y su visión del orden nacional, su fundamentación teórica y sus exigencias prácticas, como contrarias al interés del país, del pueblo y de la moral cristiana.

La conclusión práctica es que el PDC debería tener claro que en esta *primera etapa* (para usar la frase del camarada Aylwin) no es posible para la DC identificarse directa o indirectamente con una gestión económica-social inconciliable con su razón de ser y con su honrada valoración del interés de Chile.

#### 11] ¿CUAL DEBE SER LA POSICION DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA?

Comparto el juicio expresado aquí por otros, de que la presencia de las FF.AA. en el gobierno, se prolongará por varios años. No comparto la opinión de que ésto sea *malo* en sí. Puede ser *bueno*. Más aún: *indispensable* para hacer efectivamente posible la cons-





trucción de un tipo de sociedad mucho más justa, dinámica y unificadora de la nacionalidad. Las Fuerzas Armadas son el exponente genuino de la fuerza que es de la esencia del Estado. La cuestión decisiva es al servicio *de qué* y *de quiénes* se pone esta fuerza. No en el sentido demagógico y partidista, sino en el sentido patriótico y con perspectiva histórica del proceso revolucionario imperativo en Chile, y de sus exigencias. En esta "primera etapa", por razones comprensibles y hasta previsibles, las FF.AA. han optado por el esquema de la derecha económica y han buscado en ella sus asesores y, en alguna medida, los ejecutores de tal política.

Esta y otras razones en otros planos de la vida institucional del país hacen imperativa nuestra *no-identificación* con la gestión de gobierno en curso en esta "primera etapa". No por razones mezquinas sino respetables y patrióticas. No es una decisión difícil en sus afectos prácticos, sino fácil, dado que la propia Junta Militar prefiere mantener a los Partidos Políticos en receso y gobernar sin ellos.

Pero el *presente* no es sino una fase transitoria. Personalmente estoy convencido que la política que caracteriza la "primera etapa" no podrá sostenerse sino por un plazo breve. Quizás si menos de un año. En todo caso, dentro de un plazo breve, las propias Fuerzas Armadas y la Junta habrán comprobado la imposibilidad de seguir confiando en un esquema inaplicable a la realidad chilena, aun bajo un sistema de fuerza y represión.

Nuestro deber es abrir al país y a los propios militares, una "perspectiva política" utilizable por ellos, el pueblo y nosotros, cuando la opción que ahora ensayan haya demostrado su improcedencia y necesiten un esquema sustitutivo de ideas, de metas, de métodos y de composición de fuerzas sociales como respaldo a la gestión del gobierno militar. Esa será la "segunda etapa".

Para llegar a ella constructivamente, sería un error táctico denunciar o atacar anticipadamente las medidas —con las cuales estamos, sin embargo, en desacuerdo, de la "primera etapa". Hay que esperar patrióticamente que la experiencia demuestre su inaplicabilidad y que las propias FF.AA. valoricen esa realidad negativa y procedan interna y pacíficamente, a las revisiones indispensables.

En resumen: comparto lo dicho por Aylwin en orden a que no debería la DC atacar a la actual Junta Militar o a su política en términos de "ser y sentirnos enemigos de los militares"... lo cual nos impediría jugar el papel fundamental que, para bien de Chile, deberíamos tener en la "segunda etapa". Pero deberíamos estar alertas —y en mi opinión la Directiva no lo está suficientemente! — que la llamada "colaboración administrativa, técnica y profesional" de la Democracia Cristiana, o de personeros suyos en altos y muchos cargos públicos, con una política que Aylwin ha calificado como "regresiva" y que "no respeta los derechos humanos"

terminaría por comprometernos de un modo irreparable con una política que no es la nuestra, que no compartimos ni en metas ni en sus métodos, y que hará víctima de sus efectos a la mayoría del pueblo chileno a muy corto plazo. Como ha empezado ya a ocurrir. Baste leer las sombrías entrevistas hechas por *La Prensa* a doce familias modestas y publicada el sábado pasado ("No nos alcanza para comer..." "Sólo comemos fideos..." "Sólo comemos verduras..." "¡Felices nuestros muertos!, porque ellos ya descansan mientras nosotros no tenemos qué comer ni de qué vivir!" He aquí un cuadro patético de la "primera etapa".

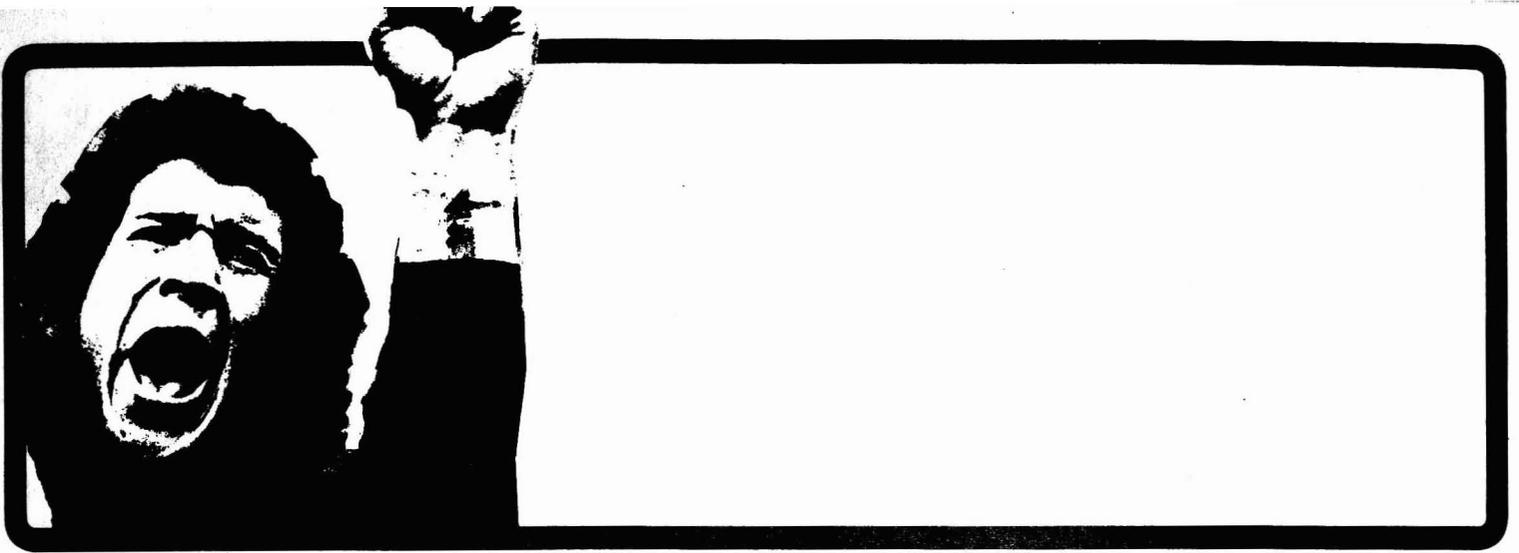
Un Ministro de Estado demócratacristiano, (el de Justicia), cuatro Subsecretarios demócratacristianos (Economía, Relaciones, Trabajo, Justicia), Directores generales demócratacristianos, como el del Trabajo, y asesores a granel, no son precisamente demostración de que el Partido no comparte y no coadyuva con una política cuyas decisiones centrales no son suyas sino ajenas; no sirven los intereses del pueblo chileno como nosotros los hemos entendido siempre, sino que los perjudican. Es una situación administrativo-política excesiva. No debe prolongarse. Y reitero que salvo los casos excepcionales en que claramente deba el Partido autorizar a algunos de sus militantes para que asuman responsabilidades de alto nivel, *todos los demás* deben ser notificados oportunamente —y esto significa ahora mismo! — que no sólo no representan a la Democracia Cristiana sino que han sido eliminados de los registros del Partido y que han dejado de ser demócrata-cristianos. De otro modo, crearemos un "bizantinismo" que producirá los peores daños ahora y mañana dentro del Partido y fuera de él.

Tal eliminación, como he expuesto, no equivale a la expulsión, la cual deberá reservarse para quienes comprometan valores esenciales para nosotros, por su conducta. Pero la eliminación debe ser clara y no ambigua; conocida (aunque no tenga que ser por la prensa) y no secreta.

## 12] LO ESENCIAL DE UNA PERSPECTIVA POLITICA PARA LA SEGUNDA ETAPA DEL GOBIERNO MILITAR Y SU TRANSFORMACION POSTERIOR

En esencia, tal "perspectiva política" para encuadrar el pensamiento político, las metas sucesivas por lograr y la acción del Partido Demócrata Cristiano desde ahora y por algunos años, debería ser:

Trabajar por un *gran consenso* cuyo esquema político magistral sea la *conciliación de los valores democráticos esenciales con estructuras socialistas en la organización de la economía, la sociedad y el Estado*; consenso capaz de generar un gobierno basado en una *composición de fuerzas* integrada por: la izquierda de inspiración humanista-cristiana, las Fuerzas Armadas y la izquierda de inspiración marxista y laica. Estos son los elementos definitivos.



Compatibilizar *socialismo y democracia* es la tarea histórica decisiva si ha de haber un destino digno de ese nombre para Chile. (Y para casi todos los pueblos de América Latina y probablemente del Tercer Mundo). Se dirá que este fue el fracaso —clave de la Unidad Popular. Efectivamente. El sectarismo, la falta de visión política, el desprecio por valores morales fundamentales, la alucinación de la “lucha armada” y de la experiencia cubana, el desconocimiento de la realidad profunda de Chile, los hicieron fracasar en el llamado “camino chileno al socialismo”. Pero, la tarea de conciliar un tipo nuevo de economía y de participación social que el lenguaje común establecido en el mundo entero ha terminado por denominar genéricamente “socialismo”, con el respeto a valores sin los cuales el llamado “socialismo” se degrada en formas anti-humanas y totalitarias, sigue en pie.

Por lo demás, hace ya tiempo que el PDC chileno ha reivindicado para sí, la condición de partido “socialista, comunitario, pluralista y democrático”. Espero que nunca renegaremos de esta definición fundamental. ¡Ya que no la serviremos solamente con “palabras”, sino con compromisos y decisiones efectivas de hechos y de conducta!

Por otra parte, el 11 de septiembre ha creado en el país y en relación con las fuerzas de orientación marxista una posibilidad fascinante... ¡si las Fuerzas Armadas, la democracia cristiana y determinados grupos de significación moral y social, la perciben a tiempo y en toda su profundidad! Me refiero al fracaso terrible, desastroso, de la ultraizquierda. Más aún: de la tesis “guerrillera” de la vanguardia marxista chilena. Más aún: de la tesis del “enfrentamiento excluyente y sistemático de clases” como camino viable al socialismo en nuestra Patria. Todo esto fue aventado del modo más drástico el 11 de septiembre. Cuando los marxistas chilenos hagan el balance de lo ocurrido, la demostración palpable de que nunca hubo camino al socialismo por la vía armada quedará en evidencia para todos o casi todos. Es cierto que, si la política que se sigue por la Junta (¡y si cometemos el desastroso error de guardar silencio nosotros!) fuera la de “la extirpación del cáncer marxista hasta sus últimas consecuencias”, no solamente Chile habría perdido una *oportunidad providencial* para encabezar la nueva historia de América Latina como lo hiciera en el siglo XIX con Portales, sino que abriremos literalmente el abismo de dividir a nuestra Patria “en dos naciones”. ¡Y la hora de la revancha, a sangre y fuego, de los vencidos de hoy, llegará un cierto día en el futuro! No será próxima, sin duda alguna, sino sujeta a las confrontaciones de poder de carácter mundial. ¡Pero llegaría y en las peores condiciones para nuestro pueblo!

Después de todo es imposible negar ciertas evidencias. Por ejemplo, que en Chile en septiembre de 1970, un millón de chilenos votaron por la Unidad Popular. Que en abril de 1971, un millón cuatrocientos mil chilenos votaron por la Unidad Popular.

Y que en marzo de 1973, hace apenas 6 meses, un millón seiscientos treinta mil chilenos votaron por la Unidad Popular. No son todo Chile, ciertamente; pero son parte inseparable de Chile. No se puede “extirpar” al 44% de la Nación sin destruirla visceralmente. ¡Que no se arguya que ese 44% no es compacto ni homogéneo, sino “formado por gente engañada por la demagogia”... etc., etc., porque bien sabemos que el otro 56% “no es compacto ni homogéneo”! (¡A menos que sostengamos el crimen de que las bases populares, campesinas y juveniles de la democracia cristiana se identifican o coinciden en sus intereses y aspiraciones fundamentales, con la derecha, nacional e internacional, que han hecho víctima a Chile y a su pueblo del subdesarrollo y de sus mil consecuencias injustas y penosas; de la derecha que nacimos para combatir y que pretendemos haber combatido siempre!)

La terrible derrota, con las armas en las manos, sufrida por las fuerzas marxistas el 11 de septiembre, ha dejado disponible, por algunos pocos años —¡breves, pero cargados de densidad histórica potencial! — lo sustancial de las fuerzas marxistas chilenas (obremos, campesinos, juventud, cuadros profesionales, culturales y técnicos) para una política de fundamentación esencialmente democrática y de expresión socialista en las estructuras económicas e institucionales.

Hay un periodo de fluidez, impuesto por la derrota de la tesis del “enfrentamiento armado”, que podría dar base al surgimiento en Chile, no sólo del gobierno *más fuerte* que el país haya conocido desde Portales, sino a una tarea histórica capaz de prolongarse en gobiernos sucesivos, por una generación o más, como expresión de un país unido vitalmente y no sólo formalmente: de una Nación que se encuentra a sí misma porque se reconoce en el logro de grandes metas justificatorias de su destino solidario. La noción de Patria se nutre de muchas cosas, pero principalmente de la imagen en que un pueblo se proyecta a sí mismo en el porvenir. Los pueblos, más tal vez que los hombres individualmente, *viven del futuro* y no del pasado.

Como todos los fenómenos históricos de cierta trascendencia, el levantamiento militar del 11 de septiembre, el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, la consagración material de la desintegración del viejo sistema político-institucional chileno en agonía desde hacía ya varios decenios, (no sólo desde la Presidencia de Allende) contiene elementos negativos y positivos. Si sigue finalmente un determinado giro, puede ahondar aún más las contradicciones y el drama de Chile. Si sigue otro, puede, por el contrario, abrir literalmente una nueva perspectiva histórica a nuestro país (¡y a otros!).

La participación de las Fuerzas Armadas en las responsabilidades directas y generalizadas de construir en Chile una nueva sociedad, no es negativa, sino necesaria... ¡A condición que esté realmente al servicio de esa meta creadora y profundamente





revolucionaria, y no de la *restauración* de un sistema de valores ya exhaustos en nuestra Patria, exponentes de los intereses de las minorías, que se nutre esencialmente de lo peor de la condición humana; el afán de lucro, el egoísmo sistematizado como "motor del progreso" (¡y algunos cínicos agregan: "de la libertad y la justicia"! ) y la codicia material!

¿Cómo resumir el desarrollo concreto de una política democrata-cristiana dirigida a TRABAJAR POR UN GRAN CONSENSO CUYO ESQUEMA POLITICO MAGISTRAL SEA LA CONCILIACION DE LOS VALORES DEMOCRATICOS ESENCIALES CON ESTRUCTURAS SOCIALISTAS EN LA ORGANIZACION DE LA ECONOMIA, LA SOCIEDAD Y EL ESTADO? Dentro de las limitaciones impuestas por las circunstancias prevalecientes a la acción de PDC, pero aún a pesar de ellas, creo que un esquema descriptivo podría ser:

1) Hacer lo que debamos hacer para que haya una "segunda etapa", generada pacíficamente en el seno de las propias FF. AA.;

2) Tener claro que esta "segunda etapa" sólo tendrá verdadera significación histórica a condición que sirva para:

— desplazar el centro de apoyo del gobierno militar de la derecha y las fuerzas capitalistas, al pueblo y a los trabajadores;

— sustituir las formas dictatoriales de ejercicio de la autoridad, por valores y formas de participación democrática real, en que se mantenga, sin embargo, clara y firmemente, el lema del Escudo Patrio: "por la Razón o la Fuerza";

— buscar como meta deliberada, lúcida, exigente y no demagógica, formas concretas de conciliación entre los valores democráticos fundamentales (¡que no se confunden con los requisitos tradicionales de la "democracia representativa" como la hemos vivido y sufrido en Chile y en América Latina!) con estructuras socialistas (¡que no deben confundirse tampoco con el totalitarismo, ni la "Nueva Clase", ni el sofocamiento burocrático y estatizador del Comunismo!);

— empezar a empujar desde ahora mismo, con discreción pero sin pausa, por abrir conciencia de que sólo podrá haber un nuevo destino histórico para Chile en la medida en que se logre una triple convergencia sustantiva entre las fuerzas democráticas de izquierda (cuyo mejor símbolo debería seguir siendo la DC), con las fuerzas marxistas, hoy dispersas y transitoriamente desmoralizadas, y con las FF. AA. ¡Este es Chile! No hay otro. Lo cual no equivale a decir que se ignore o se desprecie al sector de la derecha (un 20% del país), sino que su rol natural de contrapeso, útil y respetable, no se identifica con el rol de dirección de la historia, de dinamismo social, de ideas y fuerzas necesarias para la construcción de una sociedad nueva, que sólo es posible precisamente en sustitución de la que representa la derecha;

3) Tener conciencia que para que haya "segunda etapa" y para que la DC pueda ser efectivamente útil en esa segunda etapa, no

puede ni debe hoy atacar sistemáticamente al gobierno militar ni proyectarse como su enemigo; pero con igual claridad y firmeza no debe tampoco identificarse en los hechos con esta "primera etapa". Si lo hace, se invalidará como fuerza clave de sustitución del esquema de derecha que hoy se aplica y comprometerá de un modo que puede llegar a ser irreparable, su fundamento revolucionario, popular, anticapitalista y democrático.

El "centro de gravedad" de nuestra política no debe ser una extensa "colaboración profesional, técnica y administrativa" (lo cual ya estamos haciendo en términos excesivos), sino una actitud patriótica y serena más bien de prescindencia en la asunción de responsabilidades, y preferentemente limitada al consejo desinteresado y leal, en cada ocasión en que seamos consultados.

4) Corregir con rapidez, con generosidad moral y con el coraje político indispensable, la imagen distorsionada que el PDC chileno ha proyectado en el mundo entero y particularmente ante la Democracia Cristiana Internacional, a raíz del desplome institucional chileno, en parte por errores que hemos cometido como Partido, y en parte por el abuso de determinados personeros demócrata-cristianos en el manejo de la información interna e internacional.

Esta corrección de nuestra imagen, tan lacerada actualmente, no se logrará jamás si persistimos en que "tuvimos razón" en lo que hicimos y en lo que dijimos antes del 11 de septiembre. No la tuvimos. Los hechos lo han demostrado con terrible elocuencia, porque lo que ha ocurrido en Chile no es lo que la Directiva Nacional elegida en mayo deseaba que ocurriera: ni en mayo ni después de mayo; ni antes ni después del 11 de septiembre. ¡No hay razón para que esto, que efectivamente es así, no se sepa claramente y no se diga claramente!

El juicio universal de los partidos hermanos de América Latina (¡sin una sola excepción!), y el de la mayor parte de los europeos, es negativo para nosotros; como lo es también el de la abrumadora mayoría de los parlamentos, instituciones, prensa y órganos de difusión de la más sólida convicción democrática. Reparar esto es urgente e indispensable. ¡Para nosotros es vitalmente necesario restablecer la confianza de la comunidad democrata-cristiana latinoamericana y mundial, en el PDC chileno! Sólo podrá lograrse si admitimos con franqueza y sencillez lo que se ha admitido ya, en alguna medida, dentro de las reuniones internas del Partido en Chile; que en oportunidades importantes, nos equivocamos en la apreciación de la realidad chilena; que en otras, promovimos o apoyamos decisiones erróneas; y que algunos de nuestros juicios, difundidos internacionalmente, resultaron precipitados y contradichos por acontecimientos posteriores.

Santiago, 7 de noviembre de 1973.